

**BEST SELLER**



[www.megustaleerDEBOLSILLO.com](http://www.megustaleerDEBOLSILLO.com)

**Federico Moccia** (1963) nació en Roma. Trabaja como diseñador de escenografías para cine y teatro. *Tres metros sobre el cielo*, un libro de culto entre la juventud italiana, es su primera novela.

# FEDERICO MOCCIA

Tres metros sobre el cielo

Traducción de  
**Patricia Orts García**

Título original: *Tre metri sopra il cielo*

Diseño de la portada: Departamento de diseño de Random House Mondadori

Fotografía de la portada: © Getty Images

Primera edición: marzo, 2006

© Giangiacomo Feltrinelli Editore, Milán

© 2006 de la presente edición para todo el mundo:

Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2006, Patricia Orts, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 84-9793-916-6

Depósito legal: B. 5.465 - 2006

Fotocomposición: Comptex & Ass., S. L.

Impreso en Novoprint, S. A.

Energia, 53. Sant Andreu de la Barca (Barcelona)

P 8 3 9 1 6 6

*A mi padre, un gran amigo, que me enseñó mucho.  
A mi madre, una hermosa mujer, que me enseñó a reír*

«Cathia tiene el culo más bonito de Europa.» El rojo grafito resalta con toda su desfachatez sobre una columna del puente de la avenida de Francia.

No muy lejos, un águila real, esculpida hace ya mucho tiempo, ha visto sin duda al culpable pero no hablará nunca. Un poco más abajo, como un pequeño aguilucho protegido por aquellas rapaces zarpas de mármol, está sentado él.

El pelo corto, casi al rape, a ras del peine y alto en el cuello como un marine, una cazadora Levi's oscura.

El cuello levantado, un Marlboro en la boca, las Ray-Ban en los ojos. Tiene aire de duro, aunque no lo necesite. Una sonrisa preciosa, a pesar de que no sean muchos los que han tenido la suerte de poder apreciarla.

Algunos coches al fondo del paso elevado se han detenido amenazadores en el semáforo. Alineados como en una carrera, si no fuera por su variedad. Un Cinquecento, un New Beetle, un Micra, un coche americano no mucho más identificable, un viejo Punto.

En el interior de un Mercedes 200, un dedo fino de uñas diminutas y mordidas da un ligero empujón a un CD. Desde los altavoces laterales Pioneer la voz de un grupo de rock cobra vida de repente.

El coche se pone de nuevo en marcha, arrastrado por la corriente. Ella querría saber «¿Dónde está el amor?». Pero ¿exis-

te realmente? Al menos tiene clara una cosa: le gustaría poder deshacerse de su hermana que, desde el asiento trasero, repite una y otra vez: «Pon el de Eros, venga, quiero oír a Eros».

El Mercedes pasa justo en el momento en el que ese cigarrillo, ya consumido, cae al suelo, empujado por un movimiento preciso de los dedos y ayudado por un poco de viento. Él baja los escalones de mármol, se arregla sus 501 y luego sube a la Honda azul VF 750 Custom. Como por arte de magia, se encuentra entre los coches. Su Adidas derecha cambia las marchas, retiene o deja ir el motor que, potente, lo impulsa como una ola en el tráfico.

El sol está ascendiendo en el cielo, es una bonita mañana. Ella se dirige al colegio, él todavía no ha ido a dormir desde la noche anterior. Un día cualquiera. Solo que ambos se encuentran en el semáforo. Y por eso ese día no será como los demás.

Rojo.

Él la mira. La ventanilla está abierta. Un mechón de pelo rubio ceniza descubre a trozos su cuello suave. Un perfil delicado pero decidido, los ojos azules, dulces y serenos, escuchan embelesados y entornados una canción. Tanta calma lo impresiona.

—¡Eh!

Ella se vuelve hacia él, sorprendida. Él le sonríe, parado junto a ella, sobre aquella moto, los hombros anchos, las manos demasiado morenas para aquella mitad de abril.

—¿Te apetece dar una vuelta conmigo?

—No, voy al colegio.

—Pues no vayas, disimula, ¿no? Te recojo ahí delante.

—Perdona. —La sonrisa de ella es forzada y falsa—. Me he equivocado de respuesta. No me apetece dar una vuelta contigo.

—Mira que conmigo te divertirías...

—Lo dudo.

—Resolvería tus problemas.

—Yo no tengo problemas.

—Esta vez soy yo el que duda.

Verde.

El Mercedes 200 acelera hacia delante dejando que se desvanezca la sonrisa descarada de él. El padre se vuelve hacia ella.

—Pero ¿quién era ese? ¿Un amigo tuyo?

—No, papá, solo un imbécil...

Algunos segundos después, la Honda se acerca de nuevo. Él se agarra con la mano izquierda a la ventanilla y con la derecha da un poco de gas, procurando no hacer demasiado esfuerzo, a pesar de que con aquel cuarenta de brazo no debería suponerle un gran problema.

El único que parece tener alguno es el padre.

—Pero ¿quién es ese inconsciente? ¿Por qué se acerca tanto?

—Tranquilo, papá, yo me encargo...

Se vuelve decidida hacia él.

—Oye, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—No.

—En ese caso, búscatelo.

—He encontrado ya algo que me gusta.

—¿Se puede saber qué es?

—Ir a dar una vuelta contigo. Venga, te llevo a la Olímpica, iremos a todo gas con la moto, luego te invito a comer y te devuelvo justo a la salida del colegio. Te lo juro.

—Me parece que tus juramentos deben de valer bien poco.

—Eso es verdad —sonríe—, ves, ya sabes muchas cosas sobre mí, dí la verdad, te gusto, ¿eh?

Ella se ríe y sacude la cabeza.

—Bueno, ahora basta —y abre un libro que saca de su bolsa Nike de piel—, tengo que pensar en mi verdadero y único problema.

—¿Cuál es?

—La interrogación de latín.

—Creía que era el sexo.

Ella se da la vuelta, enojada. Esta vez ya no sonríe, ni siquiera para bromear.



—Quita la mano de la ventanilla.

—¿Y dónde quieres que la ponga?

Ella aprieta un botón.

—No puedo decírtelo, mi padre está aquí.

La ventanilla eléctrica empieza a subir. Él espera hasta el final, antes de retirar la mano.

—Nos vemos.

No le da tiempo a oír su seco «No». Se ladea ligeramente hacia la derecha. Emboca la curva, reduce la marcha y adquiere potencia desapareciendo veloz entre los coches. El Mercedes continúa su recorrido, ahora más tranquilo, hacia el colegio.

—¿Sabes quién es ese? —La cabeza de la hermana se asoma de repente entre los dos asientos—. Lo llaman 10 y matrícula de honor.

—A mí me parece solo un idiota.

A continuación abre el libro de latín y empieza a repasar el ablativo absoluto. Repentinamente, deja de leer y mira hacia fuera. ¿Es realmente ese su único problema? Por descontento, no es el que dice ese tipo. Y, de todos modos, qué más da, lo más probable es que no lo vuelva a ver. Se concentra de nuevo en su libro. El coche gira a la izquierda, hacia el Falconieri.

—Sí, yo no tengo problemas y no lo volveré a ver.

No sabe, realmente, hasta qué punto se equivoca. Sobre ambas cosas.

## 2

La luna se asoma, alta y pálida, por entre las ramas de un árbol frondoso. Los ruidos se oyen extrañamente lejanos. Desde una ventana llegan algunas notas de una música lenta y agradable. Un poco más abajo, las líneas blancas del campo de tenis resplandecen rectas bajo la palidez lunar y el fondo de la piscina vacía espera melancólico el verano. En el primer piso del edificio una muchacha rubia, no muy alta, de ojos azules y piel aterciopelada, se mira indecisa al espejo.

—¿Necesitas la camiseta negra elástica de Onyx?

—No lo sé.

—¿Y los pantalones azules? —grita Daniela desde su habitación.

—No lo sé.

—Y las mallas, ¿te las vas a poner?

Daniela está ahora en la puerta, mira a Babi. Los cajones de la cama abiertos y la ropa esparcida por doquier.

—Entonces cojo esto...

Daniela se adelanta entre algunas Superga tiradas por el suelo, todas del treinta y siete.

—¡No! Eso no te lo pones porque me gusta mucho.

—Yo lo cojo de todos modos.

Babi se levanta de un salto con las manos apoyadas en las caderas.

—Lo siento, pero no me lo he puesto nunca...

—¡Podías haberlo hecho antes!

—Sí, ¿y si luego me lo desbocas todo?

Daniela mira irónica a su hermana.

—¿Qué? ¿Estás bromeando? Mira que fuiste tú la que el otro día se puso mi falda azul elástica y ahora para ver mis bonitas curvas hay que ser adivino.

—¿Y qué tiene que ver? Esa la ensanchó Chicco Brandelli.

—¿Qué? ¿Chicco lo ha intentado y tú no me has dicho nada?

—Apenas hay algo que contar.

—No me lo creo, a juzgar por mi falda.

—Pura apariencia. ¿Qué te parece la camisa rosa melocotón debajo de esta chaqueta azul?

—No cambies de tema. Cuéntame lo que pasó.

—Bueno, ya sabes lo que pasa en estos casos.

—No.

Babi mira a su hermana pequeña. Es verdad, no lo sabe. Todavía no puede saberlo. Está demasiado rellenita y no hay nada lo bastante bonito en ella como para convencer a alguien de ensancharle una falda.

—Nada. ¿Te acuerdas que el otro día le dije a mamá que iba a estudiar con Pallina?

—Sí, ¿y qué?

—Bueno, pues que me fui al cine con Chicco Brandelli.

—¿Y?

—La película no era nada de especial y, pensándolo bien, tampoco él.

—Sí, pero vayamos al grano. ¿Cómo se ensanchó la falda?

—Bueno, la película llevaba diez minutos empezada y él se revolvió sin parar en su asiento. Pensé: «Es cierto que este cine es incómodo pero me parece que lo que Chicco quiere es meterme mano». Y de hecho, poco después, se corrió un poco hacia un lado y pasó el brazo por mi respaldo. Oye, ¿qué te parece si me pongo el traje, ese verde con los botoncitos delante?

—¡Sigue!

—En fin, que del respaldo fue bajando, poco a poco, hasta llegar al hombro.

—¿Y tú?

—Yo... nada. Fingía no darme cuenta. Miraba la película como si estuviera con los cinco sentidos puestos en ella. Luego me atrajo hacia él y me besó en la boca.

—¿Chicco Brandelli te besó? ¡Guau!

—¿Por qué te agitas tanto?

—Caramba, Chicco está muy bueno.

—Sí, pero se lo cree demasiado... Siempre está pendiente de él, no deja de mirarse al espejo... Bueno, en resumen, durante el segundo tiempo recuperó casi de inmediato la posición de antes. Me compró un helado Algida. La película había mejorado mucho, quizá fuera en parte gracias a la parte de arriba del helado, la de las avellanas. Era fantástica. Así que me distraje y me lo volví a encontrar con las manos un poco demasiado bajas para mi gusto. Intenté alejarlo pero no sirvió de nada, se agarró a tu falda azul. Y por eso se ha ensanchado.

—¡Menudo cerdo!

—Sí, imagínate que no tenía ninguna intención de parar. Y luego, ¿sabes lo que hizo?

—No, ¿qué hizo?

—Se desabrochó los pantalones, me cogió la mano y tiró de ella hacia abajo. En fin, hacia su cosa...

—¡No! ¡Entonces sí que es realmente un cerdo! ¿Y después?

—Entonces yo, para calmarlo, tuve que sacrificar mi helado. Se lo metí por los pantalones abiertos. ¡Si vieras el bote que pegó!

—¡Muy bien, hermanita! Eso sí que es tener agallas...

Se echan a reír. Luego, Daniela, aprovechando aquel momento de alegría, se aleja con el traje verde de la hermana.

Un poco más allá, en el estudio, Claudio se prepara la pipa sentado en un mullido sofá con dibujos de cachemira. Le divierte trajinar con el tabaco, aunque en realidad se trate solo de un compromiso. En casa ya no le permiten fumar sus Marl-

boro. La mujer, fanática jugadora de tenis, y las hijas, demasiado preocupadas por la salud, lo regañan cada vez que se enciende un cigarrillo, por eso se ha pasado a la pipa. «¡Te da más clase, te hace parecer más reflexivo!», le había dicho Raffaella. Y, de hecho, él se lo ha pensado muy bien. Mejor tener aquel trozo de madera entre los labios y un paquete de Marlboro escondido en el bolsillo de la chaqueta que discutir con ella.

Da una bocanada a la pipa mientras hace un recorrido por los canales de televisión.

Sabe de antemano dónde detenerse. Unas muchachas descienden por una escalera lateral canturreando una estúpida canción y mostrando sus senos turgentes.

—Claudio, ¿estás listo?

Cambia de canal de inmediato.

—Por supuesto, querida.

Raffaella lo mira. Claudio permanece sentado en el sofá, perdiendo algo de seguridad.

—Ten, cámbiate la corbata, ponte esta burdeos.

Raffaella abandona la habitación, dando por zanjada cualquier posible discusión al respecto. Claudio deshace el nudo de su corbata preferida. Luego aprieta el botón número cinco del mando del televisor. Pero, en lugar de las bellezas de antes, se tiene que conformar con un ama de casa que, enmarcada por un alfabeto, trata de hacerse rica. Claudio se pone la corbata burdeos alrededor del cuello y se concentra en el nuevo nudo.

En el pequeño baño que hay entre las habitaciones de las dos hermanas, Daniela está exagerando con el contorno de ojos.

Babi aparece a su lado.

—¿Qué te parece?

Lleva puesto un vestido de flores, rosado y vaporoso. Se estrecha delicadamente en la cintura, para después caer suelto sobre sus caderas redondeadas.

—Bueno, ¿cómo estoy?

—Bien.

—Pero no demasiado.

—Muy bien.

—Sí, pero ¿por qué no dices que estoy estupenda?  
Daniela sigue intentando que la línea que debería alargarle un poco los ojos le salga recta.

—Bueno, no me gusta el color.

—Sí, pero dejando aparte el color...

—No me gustan mucho las hombreras tan grandes.

—Sí, pero dejando aparte las hombreras...

—Bueno, ya sabes que no me gustan las flores.

—Ya lo sé pero trata de no tenerlas en cuenta.

—En ese caso, estás estupenda.

Babi, completamente insatisfecha y sin saber ni siquiera ella lo que le habría gustado oír, coge el frasquito de Caronne que compró con sus padres en un *duty-free* al volver de las Maldivas. Al salir tropieza con Daniela.

—¡Eh, ten cuidado!

—¡Ten cuidado tú! A mí me costaría mucho menos ponerte el ojo negro. ¡Mira cómo te estás pintando!

—Lo hago por Andrea.

—¿Qué Andrea?

—Palombi. Lo conocí fuera del Falconieri. Estaba hablando con Mara y Francesca, las de cuarto. Cuando se marcharon, le dije que yo también iba a clase con ellas. Pintada así, ¿cuántos años me echarías?

—Bueno, sí, la verdad es que pareces más mayor. Quince por lo menos.

—Pero ¡si yo tengo quince años!

—Difumina un poco aquí... —Babi se mete el índice en la boca, se lo moja, y después lo apoya sobre los párpados de la hermana dándole un leve masaje.

—¡Ya está!

—¿Y ahora?

Babi mira a la hermana enarcando las cejas.

—Estás a punto de cumplir dieciséis.

—Todavía son muy pocos.

—Chicas, ¿estáis listas?

En la puerta de casa, Raffaella conecta la alarma. Claudio

y Daniela pasan veloces por delante de ella, Babi es la última en llegar. Todos entran en el ascensor. La velada está a punto de iniciarse. Claudio se arregla mejor el nudo de la corbata. Raffaella se pasa repetidas veces la mano derecha por el pelo. Babi se coloca bien la chaqueta oscura de las anchas hombrecas. Daniela se mira simplemente al espejo, sabiendo ya que se topará con la mirada de la madre.

—¿No te has pintado demasiado?

Daniela prueba a contestar.

—Déjalo estar, llegamos tarde, como siempre.

Esta vez, la mirada de Raffaella se cruza en el espejo con la de su marido.

—Pero ¡si soy yo el que os ha estado esperando, a las ocho estaba ya preparado!

Dejan atrás en silencio los últimos pisos. En el ascensor entra el olor del estofado de la mujer del portero. Aquel gusto a Sicilia se mezcla por un momento con la extraña compañía francesa de Caronne, Drakkar y Opium. Claudio sonrío.

—Es la señora Terranova. Hace un guiso de carne fabuloso.

—Le echa demasiada cebolla —asevera Raffaella quien, hace ya algo de tiempo, optó por la cocina francesa ante la sincera preocupación de todos y la desesperación de la criada sarda.

El Mercedes se para delante del portal.

Raffaella, con un ruido dorado de joyas, recuerdo de fiestas y Navidades más o menos felices, casi siempre muy caras, sube delante, las dos hijas detrás.

—¿Se puede saber por qué no pegáis más la Vespa a la pared?

—¿Todavía más? Papá, mira que eres torpe...

—Daniela, no te consiento que le hables así a tu padre.

—Oye, mamá, ¿mañana podemos ir en Vespa al colegio?

—No, Babi. Todavía hace demasiado frío.

—Pero tenemos el parabrasis.

—Daniela...

—Pero mamá, todas nuestras amigas...

—Aún no he visto a todas estas amigas vuestras con la Vespa.

—Si es por eso, a Daniela le han regalado la nueva Peugeot que, por cierto, y ya que te preocupas tanto, corre incluso más deprisa.

Fiore, el portero, levanta la barra. El Mercedes espera, como cada noche, que aquel largo trozo de hierro a bandas rojas suba lentamente. Claudio hace un gesto para saludarlo. A Raffaella solo le preocupa dar por concluida la discusión.

—Si la semana que viene hace más calor, veremos.

El Mercedes parte con una pizca de esperanza más en el asiento posterior y con un rascón en el espejito lateral derecho. El portero se vuelve a concentrar en su pequeño aparato de televisión.

—Todavía no me has dicho cómo estoy con esta ropa.

Daniela mira a la hermana. Las hombreras son un tanto anchas y a ella le resulta demasiado seria.

—Estupenda. —Sabe perfectamente cómo manejarla.

—No es verdad, las hombreras son demasiado anchas y soy demasiado perfecta, como dices tú. Eres una mentirosa y, ¿sabes lo que te digo? Que recibirás un castigo por esto. Andrea ni siquiera te mirará a la cara. Es más, lo hará, pero con todo ese negro en los ojos no te reconocerá y se irá con Giulia.

Daniela trata de contestarle, sobre todo en lo relativo a Giulia, la peor de sus amigas. Pero Raffaella pone punto final a la discusión.

—Niñas, dejadlo ya, si no os llevo de vuelta a casa.

—¿Doy la vuelta? —Claudio sonrío a la mujer, fingiendo mover el volante. Pero le basta una mirada para comprender que el ambiente no está para bromas.



Ágil y veloz, oscuro como la noche. Luz y reflejos van y vienen en los pequeños espejitos de su moto. Llega a la plaza, aminora la marcha lo justo para comprobar que no viene nadie por su derecha, luego emboca la calle Vigna Stelluti a toda velocidad.

—Tengo ganas de verlo, hace dos días que no hablamos.

Una agraciada muchacha morena, de ojos verdes y bonitas posaderas aprisionadas en un par de crueles Miss Sixty, sonrío a su amiga, una rubia tan alta como ella pero algo más regordeta.

—Ay, Madda, ya sabes cómo es, que haya estado contigo no quiere decir que ahora salgáis juntos.

Sentadas en sus motos, fuman cigarrillos demasiado fuertes, tratando de darse aires y también de aparentar algún que otro año de más.

—Y eso qué tiene que ver, sus amigos me han dicho que él no llama nunca.

—¿Por qué, a ti te ha llamado?

—¡Sí!

—Bueno, tal vez se haya equivocado de número.

—¿Dos veces?

Sonríe, feliz de haber hecho callar a la amiga siempre con la broma a punto, que, sin embargo, no se da por vencida.

—De los amigos no te puedes fiar nunca. ¿Has visto qué caras?

Cerca de ellas, con unas motos de potencia igual a la de sus músculos, Pollo, Lucone, Hook, el Siciliano, Bunny, Schello y muchos más. Nombres improbables de historias difíciles. No tienen un trabajo fijo. Algunos ni siquiera demasiado dinero en el bolsillo, pero se divierten y son amigos. Es suficiente. Además, les gustan las peleas, y de eso nunca falta. Están en la plaza Jacini, sentados sobre sus Harley, sobre viejas 350 Four con los cuatro silenciadores originales, o con la clásica cuatro en uno, cuyo ruido es más potente. Soñadas, suspiradas y finalmente concedidas por sus padres gracias a extenuantes súplicas. O al sacrificio del desafortunado alelado que olvidó la cartera en el cajetín de alguna Scarabeo, o en el bolsillo interior de una Henry Lloyd demasiado fácil de limpiar durante el recreo.

Esculturales y sonrientes, siempre con ganas de bromear, las manos robustas con alguna que otra marca, recuerdo de alguna pelea. John Milius<sup>1</sup> habría perdido la cabeza por ellos. Las muchachas, más silenciosas, sonríen; casi todas se han escapado de casa, inventando una noche tranquila en casa de una amiga que, en cambio, está sentada a su lado, hija de la misma mentira.

Gloria, una muchacha con las mallas azules y la camiseta del mismo color con pequeños corazones celestes, hace gala de una espléndida sonrisa.

—Ayer me divertí un montón con Dario. Celebramos que hace seis meses que estamos juntos.

Seis meses, piensa Maddalena. A mí me bastaría uno...

Maddalena suspira, luego vuelve a encandilarse con las palabras de la amiga.

1. Guionista, director y productor de cine. Autor entre otros de guiones como *Apocalypse Now*, *Harry el Sucio* o *Conan el Bárbaro*. La línea argumental de su filmografía se basa, desde un principio, en el desarrollo, por parte de un hombre, de un código moral propio, al margen y opuesto al general, lo que le lleva al enfrentamiento con el resto de la comunidad y a su marginación dentro de ella. (*N. de la T.*)

—Fuimos a comer una pizza a Baffetto.

—Vaya, yo también fui.

—¿A qué hora?

—Mmm... a eso de las once.

Odia a la amiga que interrumpe el relato. Siempre hay alguien o algo que interfiere en los sueños de uno.

—Ah, no, a esa hora nos habíamos marchado ya.

—Pero bueno, ¿queréis escucharme?

Un único «sí» sale de aquellas bocas de gustos particulares a brillo de labios a la fruta o a pintalabios robados a dependientes distraídos o en los baños maternos, mejor surtidos, si cabe, que tantas pequeñas perfumerías.

—Llegado un momento, se acerca el camarero y me trae un ramo de rosas rojas enorme. Dario sonrío, mientras todas las chicas que están en la pizzería me miran conmovidas y también con algo de envidia.

Casi se arrepiente de la frase, al notar a su alrededor las mismas miradas.

—No por Dario... ¡Por las rosas!

Una risita tonta vuelve a unir las.

—Luego me besó en la boca, me cogió la mano y metió en ella esto.

Enseña a las amigas un fino anillo con una pequeña piedra celeste, con reflejos casi tan alegres como los de sus ojos enamorados. Palabras de estupor y un «¡Precioso!» acogen aquel sencillo anillo.

—Después nos fuimos a mi casa y estuvimos juntos. Mis padres no estaban, fue estupendo. Puso el CD de Cremonini, me vuelve loca. Luego nos tumbamos en la terraza bajo un edredón para contemplar las estrellas.

—¿Había muchas? —Maddalena es, sin lugar a dudas, la más romántica del grupo.

—¡Muchísimas!

Un poco más allá, una versión diferente.

—Eh, ayer por la noche no contestabas...

Hook. Una banda sobre el ojo, fija. El pelo ondulado y

largo, ligeramente más rubio en las puntas, le da un aire de angelito que contradice su fama, algo infernal.

—Entonces, ¿se puede saber lo que hiciste ayer por la noche?

—Nada. Fui a comer a Baffetto con Gloria y luego, visto que no estaban sus padres, fuimos a su casa y lo hicimos. Lo de siempre, nada especial... ¿Habéis visto cómo han reestructurado el Panda?

Dario trata de cambiar de tema. Pero Hook no abandona su presa.

—Cada tres o cuatro años reestructuran todos los locales... ¿Por qué no nos llamasteis?

—No pensábamos salir, lo hicimos así, de repente.

—Qué raro, tú nunca haces nada de repente.

El tono no promete nada bueno. Los demás se dan cuenta. Pollo y Lucone dejan de jugar al fútbol con una lata abollada. Se acercan sonrientes. Schello da una calada más larga a su cigarrillo y hace la acostumbrada mueca.

—Tenéis que saber, muchachos, que ayer hizo seis meses que Gloria y Dario están juntos y que él quiso salir a celebrarlo solo.

—No es verdad.

—¿Cómo que no? Te vieron comiendo una pizza. ¿Es verdad que quieres trabajar por tu cuenta?

—Sí, dicen que quieres abrir una floristería.

—¡Guau! —Todos empiezan a darle palmaditas y golpes en la espalda mientras Hook lo coge con el brazo alrededor del cuello y con el puño cerrado le frota con fuerza la cabeza.

—Qué tierno...

—¡Ay! Dejadme...

El resto se le tira encima, riendo como locos, hasta casi ahogarlo con sus músculos anabolizados. Bunny, a continuación, mostrando los dos gruesos dientes delanteros que le han regalado aquel apodo, grita sin desmentirse:

—Cojamos a Gloria.

Las All Star celestes, con la pequeña estrella roja que cen-

tra el círculo de goma sobre el tobillo, bajan de la Vespa y tocan ágilmente el suelo. Gloria apenas tiene tiempo de dar dos pasos apresurados antes de que el Siciliano la levante. Su pelo rubio hace un extraño contraste con el ojo oscuro del Siciliano, con su ceja malamente cosida, con aquella nariz aplastada y blanda, privada del frágil hueso por un buen directo, unos meses antes, en el bar de Fiermonti.

—Déjame, venga, para ya.

Schello, Pollo y Bunny los rodean de inmediato y fingen ayudarlo a tirar al aire aquellos cincuenta y cinco kilos bien distribuidos, procurando meter las manos en el sitio justo.

—Parad ya, venga.

El resto de las muchachas se acercan también a ellos.

—Dejadla en paz.

—Se han portado como unos infames, en lugar de celebrarlo con todo el grupo. Bueno, pues ahora lo celebraremos nosotros a nuestro modo.

Vuelven a lanzar a Gloria por los aires, riendo y bromeando.

Dario, a pesar de ser algo más menudo que los demás y regalar rosas, se abre paso a empujones. Agarra a Gloria por la mano, justo en el momento en el que esta vuelve a bajar, y la pone a sus espaldas.

—Ahora basta, dejadlo ya.

—¿Por qué motivo?

El Siciliano sonrío y se planta delante de él con las piernas abiertas. Los vaqueros, ligeramente más claros, se tensan sobre sus cuádriceps abultados. Gloria, apoyada sobre el hombro de Dario, asoma solo la mitad. Si hasta entonces ha contenido las lágrimas, ahora contiene también el aliento.

—¿Si no qué haces?

Dario mira al Siciliano a los ojos.

—Vete, qué cojones quieres, siempre tienes que hacer el gilipollas.

La sonrisa se desvanece de los labios del Siciliano.

—¿Qué has dicho?

La rabia le hace mover los pectorales. Dario aprieta los

puños. Un dedo, escondido entre el resto, cruje con un ruido sordo. Gloria entorna los ojos. Schello permanece con el cigarrillo colgando en la boca abierta. Silencio. Repentinamente, un rugido rompe el aire. La moto de Step llega en medio de un gran estruendo. Se ladea al fondo de la curva y hace veloz el caballito, frenando poco después en medio del grupo.

—¿Qué hacéis?

Gloria finalmente suspira. El Siciliano mira a Dario.

Una leve sonrisa deja para otro momento la cuestión.

—Nada, Step, se habla demasiado y no se hace nunca un poco de movimiento.

—¿Tienes ganas de desentumecerte un poco?

El soporte de la moto salta como una navaja y se planta en el suelo. Step baja y se quita la cazadora.

—Se aceptan competidores.

Pasa junto a Schello y, abrazándolo, le quita de la mano la Heineken que acaba de abrir.

—Hola, Sche'.

—Hola.

Schello sonríe, feliz de ser su amigo, un poco menos por haber perdido la cerveza.

Cuando la cara de Step vuelve a bajar después de haber dado un largo trago, sus ojos se encuentran con los de Maddalena.

—Hola.

Los labios carnosos de ella, ligeramente rosados y pálidos, se mueven imperceptiblemente al pronunciar aquel saludo en voz baja. Los diminutos dientes blancos, regulares, se iluminan al mismo tiempo que sus preciosos ojos verdes tratan de transmitir todo su amor, inútilmente. Es demasiado. Step se acerca a ella, mirándola a los ojos. Maddalena mantiene la mirada, incapaz de bajarla, de moverse, de hacer algo, de detener aquel pequeño corazón que, como loco, toca un «solo» al estilo Clapton.

—Sostén esto.

Se quita el Daytona con la correa de acero y lo deja en sus

manos. Maddalena lo mira alejarse, luego aprieta el reloj, acercándose al oído. Siente aquel ligero zumbido, el mismo que escuchó hace algunos días bajo su almohada, mientras él dormía y ella pasó algunos minutos contemplándolo en silencio. En aquel momento, en cambio, el tiempo parecía haberse detenido.

Step trepa ágilmente hasta llegar a la marquesina que hay sobre Lazzareschi, saltando la verja del cine Odeon.

—Entonces, ¿quién viene? ¿Qué pasa, hay que invitaros por escrito?

El Siciliano, Lucone y Pollo no se hacen de rogar. Uno tras otro, como monos con cazadoras en lugar de pelo, trepan con facilidad por la verja. Llegan a la marquesina; el último es Schello, doblado ya en dos para recuperar el aliento.

—Yo ya estoy muerto, hago de árbitro —y da un sorbo a la Heineken que, milagrosamente, ha conseguido no volcar durante la agotadora ascensión: para los demás un juego de niños, para él una hazaña a lo Messner.<sup>1</sup>

Las siluetas se recortan en la penumbra de la noche.

—¿Listos? —Schello grita alzando rápidamente la mano. Una salpicadura de cerveza alcanza algo más abajo a Valentina, una guapa morena con cola de caballo que sale desde hace poco con Gianlu, un tipo bajo hijo de un rico corbatero.

—¡Coño! —se le escapa, en gracioso contraste con su refinada cara—. Ten cuidado, ¿no?

Los demás se ríen, secándose las gotas que les han alcanzado.

Una vez reunidos casi todos, una decena de cuerpos musculosos y entrenados se preparan sobre la marquesina. Las manos delante en paralelo, las caras tensas, los pechos hinchados.

—¡Venga! ¡Uno! —grita Schello y todos los brazos se

1. Reinhold Messner: Alpinista italiano nacido en 1944 en Tirol. Ha sido el primer hombre en lograr los 14 «ochomiles» principales del globo, hazaña culminada en 1986.

doblan sin esfuerzo. Silenciosos y todavía frescos, alcanzan el mármol frío, y se alzan de nuevo sin perder tiempo—. ¡Dos! —De nuevo abajo, más rápidos y decididos—. ¡Tres! —Siguen, igual que antes, con más fuerza que antes—. ¡Cuatro! —Sus caras, muecas casi surreales, sus narices, con pequeñas arrugas, bajan a la vez. Rápidas, con facilidad, rozan el suelo y luego vuelven a subir—. ¡Cinco! —grita Schello dando un último sorbo a la lata y lanzándola al aire—. ¡Seis! —La golpea con una patada precisa—. ¡Siete! —La lata vuela por los aires. Luego, como una lenta paloma torcaz, golpea de lleno la Vespa de Valentina.

—Coño, eres realmente un gilipollas, yo me voy. —Las amigas se echan a reír.

Gianluca, su novio, deja de hacer flexiones y baja de un salto de la marquesina.

—No, Vale, venga, no te pongas así.

La rodea con sus brazos y trata de detenerla, consiguiéndolo con un tórrido beso que interrumpe sus palabras.

—Está bien, pero dile algo a ese.

—¡Ocho! —Schello baila sobre la marquesina moviendo alegremente las manos.

—Chicos, ya hay uno que con la excusa de que su mujer se ha cabreado ha abandonado. Pero la competición continúa.

—¡Nueve! —Todos se ríen y, ligeramente más acalorados, bajan.

Gianluca mira a Valentina.

—¿Qué puedes decirle a uno así? —Le toma la cara entre las manos—. Perdónalo, cariño, no sabe lo que hace —dice, haciendo gala de unos discretos conocimientos en materia de religión pero de una pésima práctica ya que, a continuación, empieza a morrarse con ella delante de las otras chicas.

La voz gruesa del Siciliano con aquel acento particular de su pueblo que, junto a la piel olivácea, le ha valido también el apodo, retumba en la plaza.

—Vamos, Sche, aumenta algo el ritmo que si no me duermo.

—¡Diez!



Step desciende con facilidad. La corta camiseta azul claro deja al descubierto sus brazos. Los músculos están hinchados. En las venas el corazón late potente, aunque todavía lento y tranquilo. No como entonces. Aquel día su joven corazón había empezado a latir velozmente, como enloquecido.